

Literatura, toxicomanías y psicoanálisis

-Una lectura de *Confesiones de un opiófago inglés*-



Laura Elisa Romero

Lic. en Psicología. Residente de Psicología del Hospital Interzonal General de Agudos "Prof. Dr. R. Rossi" La Plata. Ex pasante del Centro Provincial de Atención a las Adicciones de La Plata.

E-mail: lauraromero_1@hotmail.com

Resumen

El presente escrito propone una lectura de uno de los textos de Thomas De Quincey, titulado: *Confesiones de un opiófago inglés: Extracto de la vida de un académico* (1); libro escrito por el académico en el año 1836, con un interés declarado en que resulte un relato "útil e instructivo" (2) para sus lectores.

Luego de situar una relación posible del psicoanálisis con la literatura, mi comentario recorta algunos de los puntos en los cuales De Quincey nos abre camino a la hora de pensar en una clínica posible de las toxicomanías (3), así como algunas cuestiones relativas a nuestra época, con su incidencia en nuestra práctica.

Palabras Clave: Psicoanálisis - Literatura - Toxicomanías - Época

Abstract

This text shows a possible interpretation of Confesiones de un opiófago inglés: Extracto de la vida de un académico (1) written by Thomas De Quincey in 1836 with the intention of creating a "useful and instructive" story. After establishing a possible relationship between psychoanalysis and literature, those Quincy's ideas that may help reflecting on a potential treatment for substance abuse are analyzed along with some issues related to our time and their influence on our practice.

Key words: Psychoanalysis - Literature - Substance abuse - Time

La única ventaja que un psicoanalista tiene derecho de sacar de su posición (...) es la de recordar con Freud que en su materia, el artista siempre lo precede, y (...) le abre el camino.

Jacques Lacan, *Homenaje a Marguerite Duras*

En lo que concierne a la relación entre psicoanálisis y literatura Jacques Lacan señala, en su *Homenaje a Marguerite Duras*, una orientación: ubica allí que el artista antecede al analista, allanándole el camino (4). Vía que continúa en el año 1974 al proponer que "al arte debemos tomarlo como modelo, como modelo para otra cosa" (5). De este modo, no se tratará de hacer un caso del escrito de De Quincey, mediante la aplicación de conceptos psicoanalíticos; no se pretende realizar una "psicocrítica o psicobiografía" (6).

Tomando la invitación realizada al practicante en la vía indagada por José Ioskyn (7) quien propone hacer dialogar a la literatura con el psicoanálisis, se procurará entonces animar un diálogo que respete la especificidad de dos discursos diferentes; presto a dejarse a enseñar por sus articulaciones, encuentros y desencuentros posibles.

En *Confesiones de un opiófago inglés...*, De Quincey relata un período de su vida al cual ha estado

consagrado (8). "Si comer opio es un placer sensual y estoy obligado a confesar que me lo he consentido con un exceso (...), no es menos verdad que he luchado contra este fascinante hechizo con celo religioso y, a la larga, he logrado (...) desatar, casi hasta sus últimos eslabones, la maldita cadena que me tenía engrillado" (9).

En su diálogo con el lector pueden ir ubicándose diferentes interrogantes y posiciones respecto del consumo de una sustancia, la posición respecto de la abstinencia, los usos posibles del consumo y la singularidad de cada caso. Quedando bosquejados, asimismo, debates relativos a la felicidad, al más allá del principio del placer, al malestar en la cultura y a las singulares respuestas y recursos con los que cada sujeto hace para tratarlo. Debates que presentan, tan antiguos como actuales, cierto anacronismo.

Intentaré ordenar mi comentario a partir de los diferentes discursos puestos en marcha por la cul-



tura para regular el goce; en miras a pensar sus consecuencias clínicas y una orientación desde la cual responder desde el psicoanálisis.

Tales tentativas aparecen localizadas en el texto de De Quincey en las figuras de boticarios y tradistas médicos de la época, preocupados por controlar los usos del opio. A la hora de vender la sustancia los boticarios, advertidos de sus distintos usos posibles, discuten acerca de la dificultad para distinguir entre lo que llaman un “opiófago aficionado” (10), de personas sumidas en ese momento en una ideación suicida. Instauran así la hipótesis de que existen diversos usos de una misma sustancia, en cada caso; al tiempo que se interrogan por las consecuencias de su intervención. Conocedores de los “poderes fascinantes del opio” y “mayores enemigos” (11) de la sustancia, los tradistas médicos aparecen posicionados como quienes intentan realizar una actividad de prevención a partir de la información de los males que la droga puede provocar en un organismo. Se despeja el debate entre el supuesto según el cual el sujeto quiere su propio bien y aquellos que entreven un más allá del principio del placer. La prescripción de la abstinencia por parte del discurso médico aparece en el texto como una segunda medida en el intento de domesticar el goce. En este punto, Eric Laurent señala: “cuanto más se intenta regular la cuestión desde el discurso amo, mayor es la pendiente a la destrucción que puede presentar el sujeto” (12). Instancia en la que surge, por otra parte, la pregunta acerca de por qué alguien renunciaría a una satisfacción pulsional. Junto a los discursos puestos en marcha para controlar el consumo, se configura un resto que no se deja absorber y que insiste en presentarse. La tentativa vana de regular el plus de goce de la que habla Laurent, revela una cuestión de estructura y convoca al analista a “operar con lo real tal como se nos presenta. Cómo el psicoanalista puede actuar, en lugar de pretendiendo domesticar el goce, permitiendo una mutación en el mismo, para que deje de resultar mortífero, como lo ha planteado Jacques-Alain Miller, disminuyendo el displacer que ocasiona, y aumentando las posibilidades de placer” (13).

El texto plantea además, como se ha dicho previamente, el debate respecto de la felicidad y sus secretos (14); “acerca del cual los filósofos habían disputado a lo largo de tantas épocas” (15); instala la pregunta acerca de si la felicidad puede comprarse para, bajo sus diferentes ropajes, “llevarse en el bolsillo del chaleco” (16); felicidad que se le demanda, también, al analista (17).

En este punto, el texto presenta resonancias con lo planteado por Laurent, cuando puntúa que “en nuestros días cualquier cosa puede llegar a resultar adictiva” (18). Época del “ascenso al cénit social del objeto a” (19), en la cual, al decir de Lacan, sin razón alguna “para limitarse en su multiplicación” (20), proliferan “los pequeños objetos a minúscula que se encontrarán al salir, ahí sobre el asfalto en cada rincón de la calle, tras los cristales de cada escaparate, esa profusión de objetos hechos para causar su deseo” (21); profusión cuyas incidencias encontramos en la clínica analítica.

Planteado el debate relativo a la felicidad, el relato vira luego a señalar los efectos mortíferos que puede tener en algunos sujetos cierta modalidad del consumo. El texto introduce así y pone en juego el debate entre quienes explican el consumo de drogas en términos de una “tendencia romántica” (22); los que suponen al toxicómano una posición hedonista; y quienes, considerando “el horizonte autístico y mortífero del goce” (23), lo abordan a partir de sus resonancias con el cinismo, ilustrado en la figura de Diógenes.

A partir de una relación posible entre literatura y psicoanálisis, el escrito de De Quincey nos antecede y abre camino para sostener la pregunta acerca de lo que puede ofertar el psicoanálisis -en cuanto discurso inédito, reverso del discurso del amo-, en una clínica de las toxicomanías y en un mundo hipermoderno en el cual proliferan tanto los objetos ofrecidos para taponar el deseo, como los discursos para domesticar el goce. Queda al analista y en cada caso formular una respuesta a la altura de las subjetividades de su época (24).

